

Jue
13
Dic
2012

Evangelio del día

[Segunda Semana de Adviento](#)

Hoy celebramos: **Santa Lucía (13 de Diciembre)**

“Yo, el Señor no os abandonaré”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 41, 13-20

Yo, el Señor, tu Dios, te tomo por la diestra y te digo:
«No temas, yo mismo te auxilio».

No temas, gusanillo de Jacob, oruga de Israel, yo mismo te auxilio -oráculo del Señor-, tu libertador es el Santo de Israel.

Mira, te convierto en trillo nuevo, aguzado, de doble filo: trillarás los montes hasta molerlos; reducirás a paja las colinas; los aventarás y el viento se los llevará, el vendaval los dispersará.

Pero tú te alegrarás en el Señor, te gloriarás en el Santo de Israel.

Los pobres y los indigentes buscan agua, y no la encuentran; su lengua está reseca por la sed.

Yo, el Señor, les responderé; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré.

Haré brotar ríos en cumbres desoladas, en medio de los valles, manantiales; transformaré el desierto en marisma y el yermo en fuentes de agua.

Pondré en el desierto cedros, acacias, mirtos, y olivares; plantaré en la estepa cipreses, junto con olmos y alerces, para que vean y sepan, reflexionen y aprendan de una vez, que la mano del Señor lo ha hecho, que el Santo de Israel lo ha creado.

Salmo de hoy

Salmo 144, 1 y 9. 10-11. 12-13ab R/. El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad

Te ensalzaré, Dios mío, mi rey;
bendeciré tu nombre por siempre jamás.
El Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. R/.

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles.
Que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. R/.

Explicando tus hazañas a los hombres,
la gloria y majestad de tu reinado.
Tu reinado es un reinado perpetuo,
tu gobierno va de edad en edad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 11, 11-15

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él.

Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan. Los Profetas y la Ley han profetizado hasta que vino Juan; él es Elías, el que tenía que venir, con tal que queráis admitirlo.

El que tenga oídos, que oiga».

Reflexión del Evangelio de hoy

Yo, el Señor no os abandonaré

El destierro fue una experiencia humillante para Israel, pues se vio como un pue-blo ninguneado por el resto de las naciones. Pero, por encima vivencia tan dura, Yahvé, por medio profético, asegura su protección cariñosa al pueblo que Él eligió: lo defiende, lo lleva de la mano. Incluso es un medio decantador para los con-trarios a Yahvé: trillo que desmenuza, biello que aventá... El actuar de Dios con su pueblo es siempre gozo y gloria propia, porque lo llevará de nuevo a su tierra. Y este camino de vuelta hará ver que el desierto se convierte en prolongado oasis, la estepa en manantial. Y Dios mismo será la fuente que calme la sed de su pueblo, reconociendo así el mundo el poder de Dios, que es lo mismo que afirmar que verá su gloria y creará en Él. Porque Dios no abandona nunca a su pueblo; es más, ni quiere ni sabe hacerlo.

Juan Bautista, el más grande nacido de mujer

El que cierra el Viejo Testamento, largo recorrido preparatorio del Mesías, es Juan el Bautista, el puente tendido hacia el Nuevo Testamento. Él señaló al esperado entre nosotros. Si trascendental fue su misión, no pudo ser más sencilla y humilde su presentación entre nosotros, cerrando así la antigua economía de sal-vación, incluso la que suponía la venida de Elías vaticinada por Malaquías. Por eso Jesús dice palabras tan elogiosas del Bautista, porque es el que abre la puerta a la nueva historia, a la plenitud de los tiempos: Jesús de Nazaret, hijo de Dios por el Espíritu, el que nos torna hijos de Dios y herederos suyos. Y una más de las paradojas salvadoras que nos trae el Hijo de Dios: que, a pesar del elogio que adorna la persona de Juan en nuestro texto, todo nacido para seguir a Jesús y servir a los hermanos es más grande que el Bautista. Lo que supone un compro-miso sin fisuras ni exenciones con el proyecto de Jesús: el Reino de Dios.

La evocación de la mártir Lucía, y su sabido patronazgo sobre los invidentes, adornan este día de adviento.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Santa Lucía

Virgen y mártir

Siracusa (Italia), 13 de diciembre del 303 ó 304

Su nombre significa Luminosa y ello ya ha dado pie a tanta bella consideración en torno a que quien llevara ese nombre estuviera ilustrada con la doble corona de la virginidad y el martirio. Ha dado pie también a que la invoquen quienes tienen problemas de la vista o son ya ciegos, cuyas organizaciones la han elegido por celestial patrona.

Su existencia histórica y su martirio en Siracusa son históricamente seguros, pero los particulares de su martirio nos llegan en unas actas que no son auténticas y que por tanto no reflejan la historia, sino la imaginación de quienes, por echar de menos unas actas sinceras, llenaron el hueco con el producto de su fantasía. Y, como en todos los casos similares, nos resulta imposible discernir el fondo histórico que pueda haber en ellas.



El día de su martirio fue el 13 de diciembre. Como no hay por qué dudar de que fuera en la persecución de Diocleciano, la fecha será el año 303 ó 304. El lugar de su martirio Siracusa, donde su culto ya era practicado en el siglo IV, según confirma la inscripción hallada en 1894 en las catacumbas de San Juan, de Siracusa, y en la que se dice que la joven Eusquia había muerto en el día de «mi señora Lucía». Y consta por las obras de San Gregorio Magno que en el siglo VI había en Siracusa un monasterio dedicado a la santa.

El martirio se sucedió como sigue: Detenida Lucía y llevada ante el prefecto Pascasio, confesó sin ambages la fe en Cristo, y las amenazas no sirvieron para echarla atrás. El prefecto la amenazó con llevarla a una casa de prostitución, contestando Lucía que, cuando el alma no consiente, la profanación del cuerpo no afecta a la persona. Los esbirros que deberían haberla llevado al prostíbulo no lograron moverla. Entonces se la untó de pez y se la metió en una hoguera, pero, como ella había anunciado, al apagarse las llamas resultó ella estar intacta. La muchedumbre quedó asombrada y muchos comenzaron a plantearse si hacerse cristianos. El prefecto decidió acabar: mandó que le fuera acribillada la garganta con una espada. Así culminó su glorioso martirio y entregó su alma al Señor.

Hay una tradición, entre otras diferentes, según la cual el año 1038 el cuerpo de la santa fue trasladado a Constantinopla, de la cual, en 1204 y por manos de los cruzados, fue trasladado a Venecia, donde se venera.

José Luis Repetto Betes